

San Bernardo

De los doce grados de humildad

Capítulo I

Cristo es el camino de la humildad que lleva a la verdad

Habiendo, pues, de hablar de los diversos grados de humildad que San Benito nos propone para que comencemos a subirlos más bien que para que nos entretengamos en contarlos, mostraré antes, si puedo, adónde hemos de llegar por ellos, porque así, oído el fruto que habremos de alcanzar a la llegada, nos pesen menos las fatigas de la subida. El Señor, pues, proponiéndonos el trabajo del camino, nos promete al mismo tiempo el premio de este trabajo, y así dice: Yo soy el camino, la verdad y la vida. El camino es la humildad, que lleva a la verdad: la una es el trabajo, la otra es el premio. ¿Cómo sabremos, me dices, que se habla aquí de, humildad, cuando tan vagamente dice: Yo soy el camino? Mira cuán bien precisado y cuán claro lo tienes: Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón. Dase, pues, a sí mismo como ejemplar de humildad y dechado de mansedumbre. Si le sigues e imitas, no andarás en tinieblas, sino en plena luz de vida. Porque ¿qué es la luz de vida sino la verdad? La verdad, en efecto, alumbra a todo hombre que viene a este mundo y le señala dónde está la vida verdadera. Por eso después de haber dicho: Yo soy el camino y la verdad, añade: y la vida; como si dijera: Yo soy el camino que lleva a la verdad; soy la verdad que promete la vida; soy la vida que se da. Porque, en efecto, ésta es la vida eterna: que te conozcan a ti, solo Dios verdadero, y a Jesucristo, tu enviado. O así, como si dijeras: Considero el camino, o sea la humildad; deseo el fruto, que es la verdad; pero ¡ay!, ¿qué será de mí, si tanta es la fatiga que me aguarda que me temo no llegaré nunca al codiciado galardón? A esto el Señor te respondería: Yo soy el camino, o sea el viático con que te sustentará en el andar. Grita, pues, a los extraviados y a los que ignoran el camino, diciendo: Yo soy el camino; vocea a los que dudan y flaquean por no tener fe, y les dice: Yo soy la verdad; da voces a los que desmayan al caminar cuesta arriba, diciendo: Yo soy la vida. Creo quedar bastante demostrado por este capítulo del Evangelio que el conocimiento de la verdad es fruto de la humildad. Recibe este otro: Glorificote, Padre mío, Señor de cielo y tierra, por haber escondido estas cosas (no cabe duda que son los secretos de la verdad) a los sabios y prudentes (es decir, a los soberbios) y habérselas revelado a los pequeñuelos (que son los humildes). Claro se ve por este texto que la verdad, escondida a los soberbios, es revelada a los humildes.

La definición de la humildad puede ser ésta: LA HUMILDAD ES UNA VIRTUD POR LA QUE EL HOMBRE, CONSIDERANDO Y VIENDO SUS DEFECTOS Y MISERIAS, TIÉNESE EN POCO A SÍ MISMO. Conviene esta definición a aquellos que dispusieron en su corazón como subidas por donde van ascendiendo de virtud en virtud, como si realmente progresaran de peldaño

en peldaño, hasta llegar a la cima de la humildad, en la cual hacen alto, y levantados como sobre Sión, es decir, como en una atalaya, pueden contemplar la verdad. El Legislador, dice, le dará su bendición; porque quien impuso la ley, dará su bendición para cumplirla; es decir, quien impuso la humildad, conducirá a la verdad. ¿Y quién es este Legislador, sino el Señor, bondadoso y justo, que dirige a los pecadores por el camino que han de seguir? ¿Y quiénes son esos pecadores, sino los que abandonaron la verdad? Pero ¿acaso serán ellos abandonados de igual modo por el bondadoso Señor? No, sino que con su dulzura y rectitud les da la ley de la humildad, por la cual vengan de nuevo en conocimiento de la verdad. Dales ocasión de poder recuperar el bien perdido, porque es dulce y bueno; pero esto no sin imponerles la disciplina de la ley, por ser también recto y justo. Dulce es, pues no sufre se pierdan; y recto es, pues no se olvida de castigar.

CAPITULO II

CON QUÉ FRUTO SE SUBEN LOS DIVERSOS GRADOS DE HUMILDAD

Esta ley de la humildad, por la que se vuelve a la verdad, dispónela San Benito en doce grados; de manera que así como a Cristo se va por los diez preceptos de la Ley y las dos circuncisiones, que completan el número de doce, así también por los doce grados de la humildad se sube al conocimiento de la verdad. El haber aparecido el Señor apoyado en lo más alto de aquella escala misteriosa que le fué mostrada a Jacob como símbolo de la humildad, ¿qué otra cosa significa sino que el conocimiento de la verdad se halla como establecido y situado sobre las más elevadas cumbres de la humildad? Por esto el Señor desde lo alto de la escala miraba a los hijos de los hombres, siendo El la verdad esencial, cuyos ojos ni pueden jamás engañar ni ser engañados, para ver si hay quien conozca o quien busque a Dios. ¡Qué! ¿No te parece oírle clamar desde arriba, diciendo a los que le buscan, pues El conoce muy bien a los suyos: Venid a mí todos los que me codiciáis y saciaos de mis frutos? Y en otra parte añade: Venid a mí todos los trabajados y cargados, que yo os aliviaré. Venid, dice. ¿Adónde? A mí, que soy la verdad. ¿Por dónde? Por la humildad. ¿Con qué esperanza de fruto? Yo os aliviaré, nos dice. Pero ¿qué clase de alivio y consolación es esa que promete la Verdad a los que van subiendo cuesta arriba y que da a los que ya llegaron a la cumbre? ¿Acaso será la caridad? Porque, según San Benito, a esta virtud es a la que llega el monje una vez ascendidos todos los grados de la humildad. ¡Oh dulcísimo y suavísimo cebo de la caridad, que a los cansados recrea, y a los flacos comunica nuevas fuerzas, y a los tristes llena de alegría deleitosa, y a todos nos hace suave el yugo de la Verdad y liviana su carga!

¡Manjar sabroso por cierto el de la caridad, el cual, servido en el festín de Salomón, harta a los famélicos y recrea a los convidados que ya están saciados con el exquisito aroma de diversas virtudes, como con la suavísima fragancia que exhalan de sí los más ricos perfumes ! Porque en este regio festín sírvese a los convidados, junto con la caridad la paz, la paciencia, la benignidad, la longanimidad, el gozo en el Espíritu Santo y todos los demás frutos de la Verdad y de la Sabiduría. También la humildad halla en este

convite sus alimentos apropiados, que son el pan del dolor y el vino de la compunción, la cual presenta la Verdad en primer lugar a los participantes, a quienes dice: Levantaos, después de haber reposado, los que coméis el pan del dolor. Tiene aquí la contemplación el manjar sólido de la sabiduría, que es la flor del trigo, juntamente con el vino, que alegra el corazón del hombre. A que coman de él invita la Verdad a los perfectos, diciéndoles: Comed vosotros, amigos, y embriagaos, carísimos. El ha colocado la caridad en el centro de la mesa del festín, añade, a causa de las hijas de Jerusalén, o sea en atención a las almas imperfectas, las cuales, como no son capaces aún de tomar manjares sólidos, necesitan ser, nutridas con leche de caridad, en vez de pan, y con óleo de suavidad, en vez de vino. Por eso no sin razón se coloca la caridad en el centro de la mesa del festín, porque su suavidad ni es todavía saboreada por los principiantes, a causa del temor que se lo estorba, ni suficiente para los perfectos, por cuanto éstos saborean más regaladas dulcedumbres en su contemplación. Los primeros han de purgarse de los malos humores que les dejaron los delitos carnales, con la purga amarguísima del temor, antes de que puedan paladear a su sabor la dulzura de esta leche; los segundos, como ya destetados, regálanse más gloriosamente participando en cierto modo del festín de la gloria; de forma que quedan en medio los proficientes, los que de tal manera han gustado ciertos sorbitos de miel de caridad, que ya están por ahora contentos, dada su dulzura.

Luego el primer manjar es de humildad, purgante, con amargura; el segundo es de caridad, consolatorio, con dulzura; el tercero es de contemplación, sólido, con fortaleza. ¡Ay de mí, Señor Dios de las virtudes! ¿Hasta cuándo te irritarás contra la oración de tu siervo, me alimentarás con pan de lágrimas y me darás bebida con lágrimas? ¿Quién me invitará siquiera a aquel convite medio y dulce de caridad, en el que los justos se regalan en presencia de Dios y se deleitan en la alegría, para que, no hablando ya con amargura de mi alma, diga a Dios: No me condenes!, sino que, regalándome con ácidos de sinceridad y de verdad, cante alegre en los caminos de Dios qué grande es la gloria del Señor? Bueno, sin embargo, es el camino de la humildad, porque se busca la verdad, se adquiere la caridad, participan de la sabiduría las generaciones. Finalmente, así como el fin de la ley es Cristo, así la perfección de la humildad es el conocimiento de la verdad. Cristo, cuando vino, trajo la gracia; la verdad, a los que se da a conocer, dales la caridad. Y como se da a conocer a los humildes, da la gracia a los humildes.

(Obras de San Bernardo, BAC, Madrid, 1957, Pag 1291)